

belleza casi imposible.<sup>12</sup> La extrañeza y lo sorprendente del mundo actual tienen cabida en las crónicas de Huilo Ruales, en el trabajo de una escritora que aúna inmensa dosis de humor, ironía y ternura. Reconocemos en este conjunto de textos al cronista de cuerpo entero, sus fascinaciones y perplejidades, sus lecturas y aprendizajes, sus descubrimientos y pérdidas, porque la crónica es ese género ricamente contaminado que da cabida al mundo sin ocultar la subjetividad de quien lo narra. A la crónica le incumbe todo, desde el fastidioso aleteo de la “mosca hija de puta”, pasando por el perro mascota —“especie de pandemia proporcional a la soledad humana”—,<sup>13</sup> hasta consejos para armar una antología de poesía ecuatoriana, sin necesidad de lastimarse los dedos. Las crónicas recogidas en *El alero* cuentan con soporte investigativo, y el bagaje de muchas lecturas narran con fluidez y humor, trabajan una escritura cargada de saber testimonial y riqueza poética, suscitan nuestro interés por la resonancia humana y la singularidad de los hechos relatados. Sobre todo, cabe resaltar, se trata de una escritura que propone a la literatura como referente de interpretación al momento de pensar los múltiples rostros de la escena contemporánea.

**ALICIA ORTEGA CAICEDO**

ÁREA DE LETRAS,

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,

SEDE ECUADOR

**FERNANDO TINAJERO ED.,  
Benjamín Carrión  
y la “cultura nacional”,**  
Quito, Ministerio de Coordinación  
de la Política y Gobiernos Autónomos  
Descentralizados, 2013, 266 p.

*Benjamín Carrión y la “cultura nacional”,* parafraseando a su editor y antólogo Fernando Tinajero, es una “restauración”. Lo es en el mejor sentido del término: pues se trata, a través de las páginas seleccionadas, que provienen básicamente de dos libros que como bien apunta Tinajero son los más cohesionados y sólidos de Carrión: *Cartas al Ecuador* y *Nuevas Cartas al Ecuador*, más una reveladora selección de artículos que estaban durmiendo el sueño de los justos en archivos y bibliotecas del país; textos que el lojano publicó en periódicos y revistas como el diario quiteño *El Día* y el vocero socialista *La Tierra*, entre los años 20 y 40 del siglo pasado; luego en las revistas *La calle*, fundada por dos de sus discípulos: Pedro Jorge Vera y su sobrino Alejandro Carrión, con quien, en su momento, terminarán rompiendo tanto Benjamín como Vera. También se recogen los artículos que publicara en la revista *Mañana*, que Vera impulsó de manera solitaria una vez que las diferencias ideológicas y políticas con Alejandro Carrión incidieron en la terminación del proyecto que encarnaba *La Calle*, todo un referente a la hora de hablar del periodismo (¿existe todavía?) de combate político. También se incluyen en este volumen, en la sección ensayos, algunos textos importantes de la obra carrioniana, como el siempre polémico, y por tanto decidor, “Teoría de la Casa

12. “El mejor pecado del mundo”, en *El alero*, t. I.

13. “Perro sigo siendo el rey”, en *El alero*, t. II.

de la Cultura Ecuatoriana”, además del que contiene lo que fue para Benjamín Carrión, tema central luego del triunfo de la Revolución cubana: “Teoría y plan de la segunda Independencia”.

Mencioné restauración, porque creo que el amplio y lúcido texto introductorio de Tinajero, nos pone ante el examen crítico de la vida y obra de un hombre que –palabras del antólogo– como pocos expresa todo un siglo de la historia política y cultural del Ecuador. No hay duda, Tinajero nos suministra los argumentos justos y precisos para tener claro que el siglo XX está atravesado por la palabra, las visiones –a veces ingenuas, a veces contradictorias y paradójicas– pero legítimas de un hombre como Carrión, que supo asumir su condición de ser parte de la historia, así mismo siempre escindida, escamoteada, disfrazada o falseada por los escribas que el poder hegemónico ha convertido en supuestos cronistas de una oficialidad en la que, a la hora del té, no necesariamente todos hemos sido incluidos. En este texto introductorio, que tiene su antecedente en el ensayo “La fortuna de una idea desdichada” de 1985, Tinajero, desde el ejercicio de la autocrítica, anota:

Hace algunos años tuve la ligereza de leer la “teoría de la nación pequeña” en clave exclusivamente teórica, y no pude evitar el señalamiento de su absoluta inconsistencia: la contradicción entre la debilidad estructural de la sociedad ecuatoriana y la promesa de una “gran Patria de cultura” se hacía evidente y retrotraía ese pensamiento al siglo XIX. Mi error fue entonces no haber puesto ese error teórico en perspectiva política: nadie puede negar que se trató de un error fecundo, que logró movilizar a los

sectores medios de la sociedad ecuatoriana (47).

Sucede que a lo largo de las páginas de este retrato intenso y tenso que se nos ofrece como antesala, Tinajero supera esa “ligereza”. Se trata de un verdadero ensayo de interpretación, análisis y reflexión como manda todo gran ensayo, al brindarnos una serie de claves, indicios y pistas que nos permiten a los lectores, sobre todo a los de las nuevas generaciones, tener los elementos de juicio para, en su contexto, explicarnos el tiempo en el que irrumpe un nombre y un hombre. Figura de la que todos, de una u otra manera, siempre hemos escuchado, incluso a veces en boca de quienes, de seguro, jamás se han sentado a penetrar en sus textos y pensamiento, sino que lo citan como parte de esos discursos de ocasión.

Este volumen, en sus partes y en su todo, da cuenta de los diversos momentos de lo que es esa suerte de educación no solo intelectual, sino política de Carrión. La serie salvada del olvido recoge artículos que nos permiten tener una idea muy precisa respecto a un joven Carrión para el que la noción del compromiso, mucho antes de que Sartre discutiera en la década de los 60 la cuestión, fue una suerte de pacto ético, que supo asumir desde sus tempranos años de estudiante de bachillerato en el legendario Colegio Bernardo Valdiviezo de Loja, su ciudad de origen a la que gustaba llamar “el último rincón del mundo”. Compromiso que es resultado, esto gravitará durante sus años de universitario, de las lecturas de los románticos franceses, así como de los hispanoamericanos, quienes –nadie lo

puede negar— tienen un papel destacado en los proyectos de creación de las repúblicas latinoamericanas posterior al fallido proyecto integracionista de Bolívar. Ese legado romántico seguirá latiendo en sus textos y ensayos en los que el pensamiento de Carrión cada vez se radicaliza más hacia la izquierda. Postura que en ciertos momentos tendrá una enorme resonancia liberal.

Pero es en esa encrucijada que Benjamín Carrión irá dando forma no solo a lo que es su propia concepción ideológica respecto a lo que quiere, sueña y anhela (“anhelo insatisfecho” como diría un personaje de Pablo Palacio) para su país. Sin duda que esa pántina liberal lo llevará a asumir una postura que no le permite, hasta la década de los 40, deshacerse de ese eurocentrismo que lo lleva a configurar un modelo de nación que no deja, muy a su pesar, de estar conectado con esa teoría en la que el mestizaje armonizante y la lengua del prestigio o del poder, por tanto la de la exclusión, eran parte sustancial de ese proyecto de “nación mestiza” a la que el lojano aporta algo que ningún intelectual, hasta entonces, salvo Juan León Mera en el siglo XIX, se había atrevido a proponer: resemantizar la idea de una Patria de justicia, democracia y libertad. Hechos sobre los que los artículos de prensa que se recogen en este libro nos van dando cuenta de manera reveladora. El texto “Carta de Benjamín Carrión a Rigoberto Ortiz”, de enero de 1929, nos pone ante lo que es un primer borrador de lo que dentro de la coyuntura que se genera con el proceso de la revolución conocida como La Gloriosa del 28 de mayo de 1944 tendrá su sustento.

Estos textos, en su orden cronológico, también van cifrando, desde el análisis y la reflexión crítica, lo que Tinajero nos propone en la introducción. Son el correlato más insospechado de lo que es el pensamiento de Carrión, cuyas contradicciones y paradojas se explican no en función (es lo destacable en un maestro como él) en tanto se trata de otro, como él diría un “santo laico” que tiene un proyecto personalista, particular, para el que el ámbito de la Patria solo es un pretexto para granjearse reconocimientos por parte de un poder al que ha pretendido cuestionar y condenar. No, esas contradicciones y paradojas de Carrión son las de su tiempo, como bien anota Tinajero; pero además, son paradojas y contradicciones que dan cuenta de un hombre que siempre las estuvo sustentando. A partir de ahí superará sus ataduras con el liberalismo burgués, en un proyecto que abarca a esa zona geográfica, ese “lugar de origen” como lo definió el poeta Carrera Andrade, y que Carrión no se ruborizaba de nombrarlo una y otra vez, porque su identificación con ese territorio le resultaba ser parte no solo de una identidad definida sino de una discusión en la que las omisiones terminaban por tornarla restrictiva. Por tanto, los equívocos, las posibles confusiones ideológicas, como las que exhibe al comentar y cuestionar las posturas del pensador marxista José Carlos Mariátegui (en una primera etapa), o la idea de que al Ecuador lo constituía una sola cultura, la construida desde el poder, no son sino partes de una aventura que Carrión supo vivir y asumir—esto nadie se lo podrá negar—, con una legitimidad que se sostiene

precisamente en lo que esas contradicciones ponen en evidencia.

Cuando examinamos los artículos de prensa recogidos en esta acertada y oportuna antología, no dejamos de sorprendernos de cómo Benjamín Carrión siempre estuvo atento y dispuesto a dar batalla ahí donde otros, como reclamará a inicios del siglo XXI Juan Goytisolo, prefirieron hacerse de la vista gorda, o simplemente cerrar los ojos porque sucede que así la pesadilla que los rodeaba era más breve y fugaz. Estos artículos, y me detengo en ellos porque sucede que amplifican lo que es la línea siempre sinuosa, de ahí también lo interesante de Carrión, de un ecuatoriano que superando la retórica, supo estar a tono con los momentos que no solo vivió él, sino que padeció la sociedad en la que se movía. Las preocupaciones, las actuaciones de Carrión con actos que aparentemente hoy pueden resultar poco vitales, están cifrados en estos artículos, que dan cuenta de su militancia, más allá de si se mantuvo o no dentro de una estructura partidista, en un latinoamericanismo que le permitirá, en el fragor del debate y de la coyuntura política, reformular lo que décadas atrás fue su credo y profesión de fe. Reformulación que está tejida por lo que los hechos de su entorno, como las acciones brutales del imperialismo en la Guatemala de Jacobo Arbenz en los 50, o el estallido de la Revolución cubana incidirán para su replanteamiento.

Anotaba la comadre de Carrión, Gabriela Mistral, en el prólogo a *Los creadores de la nueva América* (1928), que él era un “fervoroso comprendedor”. Esa condición, así nos lo recuerda Tinajero, Carrión jamás la perdió. Prueba de eso es su gran proyecto,

que se inscribe en lo que atinadamente el antólogo define como “la ideología de la cultura nacional”, su magna obra: la Casa de la Cultura Ecuatoriana, que fue parte de esa tesis que planteara en la hora más trágica del país, luego de la firma del Protocolo de Río de Janeiro de 1942, el “volver a tener Patria”. Una tesis que, a su vez, es toda una metáfora, que da cuenta, como todos los textos reunidos en este volumen, del tiempo y de los desafíos que Carrión, un sujeto moderno atravesado por paradojas y contradicciones, supo encarar a riesgo de equivocarse, lo que lo ha convertido en un referente del que aún en plena posmodernidad seguimos hablando; o de que sus lectores y críticos de mañana y ahora, puedan o podamos sostener, como parte de esa dialéctica en la que su palabra y sus ideas siempre serán parte de un cuento al que hay que volver para encontrar no las respuestas que no nos podrá dar, pero sí las preguntas que aún están por responderse.

**RAÚL SERRANO SÁNCHEZ**

ÁREA DE LETRAS,

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,

SEDE ECUADOR

QUITO, OCTUBRE, 2013